

## **Un derrotado en “La Victoria”: José María Gil-Robles y la Guerra Civil española (1936-1939)**

A defeated in “La Victoria”: José María Gil-Robles and the Spanish Civil War (1936-1939)

Carlos María Rodríguez López-Brea

Eduardo González Calleja

*Universidad Carlos III*

[edgcalle@hum.uc3m.es](mailto:edgcalle@hum.uc3m.es)

[cmrodrig@hum.uc3m.es](mailto:cmrodrig@hum.uc3m.es)

**Resumen:** José María Gil-Robles siempre sostuvo que su papel en la preparación y ejecución del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 había sido marginal; en su famoso libro de memorias, *No fue posible la paz*, argumentó incluso que la vía violenta para alcanzar el poder era del todo contraria a sus planteamientos políticos. Los autores, a partir de una minuciosa investigación en fuentes primarias y secundarias, especialmente en el Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN) y en los archivos vaticanos, rebaten que el líder de la CEDA fuera un simple espectador de los sucesos golpistas de julio de 1936. Por el contrario, sostienen que Gil-Robles cuestionó el accidentalismo y la vía legalista desde al menos 1935, lo que explica su ambiguo papel en las sucesivas crisis políticas de diciembre de 1935 y febrero de 1936. Tras el triunfo del Frente Popular sus discursos y sus actuaciones se encaminaron a deslegitimar las instituciones de la República, en disputa con Calvo Sotelo, aunque solo hacia mayo de 1936 decidió prestar su colaboración política y económica a los golpistas, siendo Francisco Herrera Oria su contacto con los generales.

Aceptando que tras el 18 de julio habría una breve fase de dictadura militar, Gil-Robles aspiraba a liderar el proyecto contrarrevolucionario en un plazo relativamente corto; con ese fin redactó incluso un programa político de tipo corporativo y no democrático, al que sin embargo nadie prestó atención. Pudiendo haber sido el jefe de la Nueva España, Gil-Robles no supo jugar sus bazas: su manifiesta enemistad con otros partidos de derecha, su carácter difícil, la desconfianza que despertaba entre los generales –Franco en particular–, el limitado papel de las milicias de la CEDA en la contienda y la excesiva duración de la Guerra Civil, entre otras razones, terminaron por malograr sus planes. Aislado y marginado en Portugal, Gil-Robles rechazó la deriva totalitaria de la España nacional y terminó por desentenderse de “La Victoria”, a pesar de haber sido

uno de sus principales apoyos en 1936.

**Palabras clave:** Gil-Robles, Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA); Guerra Civil española; 18 de julio de 1936; Accidentalismo.

**Abstract:** José María Gil-Robles always argued that his role in the preparation and execution of the coup d'état of 18 July 1936 had been marginal; in his famous memoirs, *No fue posible la paz*, he even said that the violent way to achieve power was completely contrary to his political views. The authors, based on a thorough investigation of primary and secondary sources, especially in the General Archives of the University of Navarra (AGUN) and in the archives of the Vatican State, claim that the leader of the CEDA was a simple spectator of the coup d'état events of July 1936. On the contrary, argue that Gil-Robles questioned accidentalism and legalism from at least 1935, which explains his ambiguous role in the successive political crises of December 1935 and February 1936. After the triumph of the Popular Front his speeches and his actions were directed to delegitimize the institutions of the Republic, in dispute with Calvo Sotelo, although only in May 1936 he decided to lend his political and economic support to the coup-makers, Francisco Herrera Oria being his contact with the Generals.

Accepting that after July 18 there would be a brief phase of military dictatorship, Gil-Robles aspired to lead the counterrevolutionary project in a relatively short time; to that end he even drew up a political program of a corporate and non-democratic type, to which nobody paid any attention. Having been the head of the “Nueva España”, Gil-Robles did not play his tricks: his manifest enmity with other right-wing political parties, his strong character, the mistrust he aroused among the generals –Franco in particular–, the limited role of militias of the CEDA in the battlefield and the long duration of the Spanish Civil War, among other reasons, ended up by defeating their plans. Isolated and marginalized in Portugal, Gil-Robles rejected the totalitarian drift of the Nationalist Spain and ended up by disregarding “La Victoria”, despite having been one of its main supporters in 1936.

**Keywords:** Gil-Robles; Spanish Confederation of the Autonomous Rights (CEDA); Spanish Civil War; July 18, 1936; Accidentalism.

Para citar este artículo: Carlos María RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA y Eduardo GÓNZALEZ CALLEJA: “Un derrotado en ‘La Victoria’. José María Gil Robles y la Guerra Civil española (1936-1939)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, Nº 13 (2018), pp. 104-133.

Recibido: 30/08/2017

Aprobado: 10/12/2017

## Un derrotado en “La Victoria”: José María Gil-Robles y la Guerra Civil española (1936-1939)

Carlos María Rodríguez López-Brea  
Eduardo González Calleja  
*Universidad Carlos III*

José María Gil-Robles pudo haber sido jefe de Estado en 1936, si nos fiamos del testimonio del periodista Francisco Herrera, que le conocía muy bien por ser hermano de Ángel Herrera Oria, su mentor en la vida pública. Sin embargo, el líder de la CEDA acabó aislado y marginado, forzado por los suyos a un exilio que difícilmente hubiera podido imaginar. La historia de Gil-Robles, antes y durante la Guerra Civil, fue sin duda una sucesión de frustraciones. No fue presidente del Consejo en diciembre de 1935 por el veto de Alcalá-Zamora, como tampoco pudo serlo tras las elecciones de febrero de 1936, ya que sus resultados electorales quedaron por debajo de las expectativas. Ni fue el hombre fuerte de la conspiración que liquidó la República, ni pudo influir en la situación política salida del alzamiento militar; todas sus iniciativas quedaron desbaratadas ante la irresistible ascensión del general Franco, a quien el destino reservó la jefatura y el liderazgo al que Gil-Robles había largamente aspirado.

### **Primera frustración: la fallida presidencia del Gobierno en la República (Madrid)**

El 9 de diciembre de 1935 se cumplía el cuarto aniversario de la promulgación de la Constitución republicana, cuya profunda revisión era la principal razón de ser de la CEDA. A partir de ese día la reforma podría ponerse en marcha si así lo decidía la mayoría absoluta de las Cortes. El éxito de esta estrategia pasaba necesariamente por la conquista de la presidencia del Consejo de Ministros, un objetivo factible dada la descomposición del Partido Radical y la debilidad del gobierno Chapaprieta, cuya oportuna dimisión a comienzos de diciembre abría las puertas a Gil-Robles.

Firme en sus principios, supo ser flexible en su táctica. Su discurso acerca del orden constitucional fue siempre conscientemente confuso: a veces parecía conformarse con una reforma del texto vigente, en otras ocasiones, sobre todo en sus grandes mítines de septiembre de 1935, exigía una Constitución “enteramente nueva”, en todo distinta a la de 1931, por él calificada de “sectaria”, “contraria al espíritu español”, “antipatriótica”, “persecutoria” y “cobarde”. Estando aún recientes los ecos de aquellos discursos, Alcalá-Zamora se negó a encargar a Gil-Robles la presidencia del Consejo de ministros en sustitución del dimitido Chapaprieta. En una decisión muy cuestionada, el elegido fue Manuel Portela Valladares, un veterano político de la Restauración sin partido ni apoyos parlamentarios. Alcalá-Zamora frenaba en seco las aspiraciones de la CEDA y

de su líder, vetado por su tibio compromiso con la República. Lejos de acatar la decisión del jefe del Estado, Gil-Robles denunció –textualmente– un golpe de Estado presidencial cuyo objetivo era devolver el poder a las izquierdas.

Privado de la jefatura del Gobierno y cesado del ministerio de Guerra tras la crisis de diciembre, un airado Gil-Robles escuchó y “se dejó querer” por los generales Fanjul y Varela, que le propusieron una maniobra de fuerza para obligar a Alcalá-Zamora a reconsiderar su veto. Don José María admite en *No fue posible la paz* que no se opuso en absoluto a esta posibilidad:

Si el Ejército agrupado en torno a sus mandos naturales, opina que debe ocupar transitoriamente el poder con objeto de que se salve el espíritu de la Constitución y se evite un fraude gigantesco de tipo revolucionario, yo no constituiré el menor obstáculo...<sup>1</sup>

Es difícil creer que Gil-Robles tuviera ese grado de compromiso con una Constitución a la que dedicaba calificativos tan duros como los anteriormente mencionados.<sup>2</sup> Sería el general Francisco Franco, jefe del Estado Mayor, quien convenció a los conspiradores de que una solución militar a la crisis política era muy peligrosa, y que podría terminar volviéndose contra sus promotores.<sup>3</sup> En todo caso el amago golpista de Gil-Robles no está en contradicción con lo que él mismo escribió en 1942 reclamado por la Causa General franquista. Según testimoniaba entonces, desde al menos la conmutación de penas a los cabecillas de la revolución de Asturias –febrero de 1935– «la CEDA se mostró dispuesta a dar por fracasados los métodos evolutivos y abrir camino a una situación de fuerza. La coacción hecha por el presidente de la República al Gobierno para obtener el indulto de González Peña ofreció una magnífica ocasión para este cambio de táctica». Y aún prosigue: «No se llevó a cabo porque el Ejército, según informe hecho por los generales Goded y Fanjul, que me fue comunicado con el mayor secreto, no estaba en disposición de evitar que el presidente de la República diera el poder y el decreto de disolución a las mismas izquierdas revolucionarias».<sup>4</sup> Con estas palabras Gil-Robles admitía que si la militarada no prosperó no fue por su falta de compromiso, sino por la ausencia de unidad en el Ejército. Aun así, las derechas competidoras de la CEDA dejaron correr el bulo de que el verdadero culpable del “no-golpe” de 193 había sido Gil-Robles. Este bulo fue tan solo el primero de otros muchos que buscaban desacreditarle como futuro líder de la España posrepblicana.

<sup>1</sup> José María GIL-ROBLES: *No fue posible la paz*, Barcelona, Editorial Ariel, 1968, p. 365.

<sup>2</sup> Un autor como Álvarez Tardío, por lo general complaciente con Gil-Robles, no puede menos que reconocer que lo obrado por el jefe de la CEDA en aquella crisis «era, a todas luces, una acción que ponía en entredicho el reiterado legalismo al que Gil-Robles había apelado una y otra vez en público» (Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: *Gil-Robles. Un conservador en la República*, Madrid, Gota a Gota-FAES, p. 199).

<sup>3</sup> Un detallado relato de los hechos, en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Alianza, Madrid, 2011, pp. 297-299.

<sup>4</sup> AHN, FC-Causa General, exp. 40. “Antecedentes del Alzamiento. Actuación de los partidos políticos anticomunistas y españolistas en la preparación del Movimiento y sus relaciones con el Ejército y actuación de este último en dicha preparación”. Microfilme neg. 6046. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

Tras su agitada salida del Gobierno, Gil-Robles inició una agotadora campaña de mítines. Las principales dianas del dolido ex-ministro fueron Alcalá-Zamora y Portela Valladares, a quien presentaba como cómplices de los revolucionarios. Tampoco escondía sus propósitos de llevar a cabo una reforma integral del Estado: «Queremos el Gobierno para imponer a rajatabla nuestra política, para hacer otra Constitución- la actual no la queremos ni nos sirve. Queremos otro Estado. Para ello hace falta que nos deis suficiente número de votos y de diputados».<sup>5</sup> Convencido de que la CEDA obtendría una victoria contundente –al menos 150 escaños<sup>6</sup>–, Gil-Robles dejó de lado cualquier veleidad golpista, ya que le bastaban los mecanismos legales para volver al poder y reparar la “injusticia” de diciembre. Fue tal su sorpresa ante el fracaso electoral que, visiblemente nervioso, se presentó en la madrugada del 16 al 17 de febrero en la sede del Ministerio de Gobernación y reclamó hablar con Portela Valladares, a quien exigió la inmediata declaración del estado de guerra en todo el territorio nacional, argumentando que «dominaba ya la anarquía en algunas provincias, los gobernadores civiles desertaban de sus puestos, las turbas amotinadas se apoderaban de las actas».<sup>7</sup> El conde de Peña Castillo, secretario personal de Gil-Robles, avisaba entretanto al general Franco, quien a su vez presionó a Alcalá-Zamora y a otros mandos militares para forzar esa declaración. Todo se vino abajo, de nuevo, por la falta de unidad en el Ejército y por la marcha atrás de Franco. Gil-Robles todavía tuvo tiempo para reunirse con Portela a las afueras de Madrid la mañana del día 19 de febrero, no se sabe muy bien con qué propósito; en cualquier caso, pocas horas después Azaña asumía la presidencia del Gobierno, cortando el paso a cualquier veleidad contra la Constitución.<sup>8</sup>

Esta nueva frustración de los planes de Gil-Robles le ponía ante una delicada tesitura, tanto en lo personal como en lo político. Agotado por el esfuerzo de campaña, *El Debate* anunció el 20 de febrero que el Jefe había decidido tomarse un descanso «en el campo»,<sup>9</sup> asueto que Gil-Robles tuvo que aplazar ante los rumores de que había decidido retirarse de la política. La misma tarde del día 20 volvía precipitadamente a la capital para verse con varios dirigentes del partido en el Hotel Palace, en lo que fue un «simple cambio de impresiones» organizado con rapidez para acallar rumores. Otro testigo de los hechos, José María Taboada Lago –en esos momentos secretario general de Acción Católica–, ofreció una versión muy distinta de los hechos en un informe que remitió al Vaticano. Según Taboada, un Gil-Robles aterrado habría querido fugarse hacia la frontera de Portugal, «*lasciando tutto*». Habría sido Ángel Herrera quien *in extremis* le convenció para regresar, salvando así al partido de lo que el informante define como un momento de «*gravissimo periculo*».<sup>10</sup> Se trate o no de un bulo, sí es cierto que Gil-Robles sentía su vida en peli-

<sup>5</sup> “El discurso de Gil-Robles en Valladolid”, *El Debate*, 20 de diciembre de 1935.

<sup>6</sup> “Panorama electoral”, *El Debate*, 13 de febrero de 1936; “En más de cuatrocientas poblaciones españolas oirán a Gil-Robles esta noche”, *El Debate*, 15 de febrero de 1936.

<sup>7</sup> José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 492.

<sup>8</sup> Eduardo GONZALEZ CALLEJA: op.cit. pp. 301-305.

<sup>9</sup> “El viaje de Gil-Robles”, “Hasta última hora”, *El Debate*, 20 de febrero de 1936.

<sup>10</sup> AA EE SS, Spagna, pos. 876, fasc. 252, “Informe de José María Taboada Lago, secretario general de Acción Católica”, 2 de junio de 1936, ff. 45-46.

gro en Madrid, por lo que decidió instalar a su familia—su mujer y un solo hijo—en Biarritz, donde él mismo se desplazaba escoltado en fines de semana «largos».<sup>11</sup> Los días que pasaba solo en Madrid ocupaba el domicilio familiar de la calle Velázquez, donde disponía de rifles y pistolas para su defensa personal.<sup>12</sup> Los temores del líder católico no eran en absoluto infundados: cuando el 13 de julio de 1936 un grupo vindicativo encabezado por el capitán Condés se presentó en su domicilio madrileño, Gil-Robles estaba en Biarritz y pudo así salvar su vida.

El análisis que hizo Gil-Robles de la derrota define bien su personalidad, ya que no encontraba otros errores que los ajenos: el empeño de Portela y de Alcalá-Zamora por hundir a su partido, el abstencionismo del elector de derechas (cómodo y egoísta), la «deslealtad» de algunos aliados «que se entendieron con las izquierdas» o la manipulación de las actas electorales por el Gobierno del Frente Popular fueron, a su juicio, las causas del fiasco.<sup>13</sup> Interesa mucho esta última acusación de fraude y corrupción electoral, porque fue una de las líneas maestras utilizadas por la CEDA y *El Debate* para cuestionar la legitimidad de la República antes del 18 de julio. Todavía en una fecha tan posterior como mayo de 1937 Gil-Robles declaraba que «las derechas no perdieron» las elecciones de febrero del 36, porque a pesar de las falsificaciones y escándalos que habrían beneficiado a las izquierdas en no menos de quince provincias, la suma de sus votos habría superado en 250.000 a las del Frente Popular.<sup>14</sup> Unas acusaciones tan graves, repetidas antes y después del 18 de julio, cumplían un objetivo: provocar la reacción de los derrotados contra una República que se había desviado de la legalidad.

Otro problema sobrevenido con el que Gil-Robles tuvo que lidiar tras la derrota electoral fue la creciente popularidad de José Calvo Sotelo, el gran adalid del catastrofismo.<sup>15</sup> El jefe de la CEDA, a diferencia de Calvo Sotelo, tenía que contentar a las «dos almas» que habitaban en su partido, de ahí que sus discursos fueran muy medidos, alternando dosis de prudencia y de alarmismo. Se advierte, sin embargo, que la vertiente alarmista fue ganando peso con el transcurso de las semanas. El 15 de abril Gil-Robles advertía en las Cortes que los partidos que habían apostado por la legalidad—el suyo—«empezamos a perder el control de nuestras masas» y que cada vez tenía menos argumentos para frenar a los que se inclinaban por la violencia:

Llegará un instante en que, como deber ciudadano y de conciencia, tendremos que volvernos a nuestras masas y decirles: dentro de la legalidad no tenéis protección, porque la ley no tiene el amparo del Gobierno, que es la suprema garantía de la ciudadanía; en nuestro partido no os podemos defender;

---

<sup>11</sup> Juan Ignacio Luca de Tena asegura que Gil-Robles le pidió que transmitiera este mensaje al líder monárquico: «Hágale saber a Calvo Sotelo, de mi parte, que me consta la existencia de un complot para asesinaros a los dos unos comunistas disfrazados de guardias de asalto» (Juan Ignacio LUCA DE TENA: *Mis amigos muertos*, Barcelona, Planeta, 1971, p. 73).

<sup>12</sup> José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 759-760.

<sup>13</sup> «Gil-Robles habla de la CEDA en relación al momento político», *El Debate*, 6 de marzo de 1936; José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 509-523.

<sup>14</sup> AGUN, Fondo Alfredo López Martínez, 02/001/060. «Transcripción del artículo...», 28 de mayo de 1937.

<sup>15</sup> Eduardo GONZALEZ CALLEJA: op.cit., p. 358.

tendremos que decirles con angustia que vayan a otras organizaciones, a otros núcleos políticos que les ofrecen, por lo menos, el aliciente de la venganza cuando ven que dentro de la ley no hay una garantía para los derechos ciudadanos.<sup>16</sup>

Es superfluo señalar que para Gil-Robles el culpable de la situación era el Gobierno frentepopulista, incapaz de parar la violencia revolucionaria. La alternativa a esa anarquía era «un Gobierno nacional fuerte», conformado por «una amplísima concentración de fuerzas no marxistas» y para la que ofrecía la colaboración de su grupo.<sup>17</sup> Esta solución, que equivalía a la defunción del Frente Popular, no consiguió apoyos ni en la mayoría ni entre los monárquicos, aunque parece que el líder de la CEDA intentó convencer a Martínez Barrio de que la que proponía era la única salida frente a la revolución.<sup>18</sup> Pero, como se verá más adelante, Gil-Robles ya estaba al tanto de otras alternativas para parar la que llamaba revolución.

### **Segunda frustración: posición subalterna en la conjura militar (Biarritz)**

Entre diciembre de 1935 y julio de 1936 Gil-Robles vio palidecer su pasada estrella, no tanto porque se mantuviera fiel al legalismo o a los métodos “evolutivos” de hacer política, sino por sus prolongadas ausencias de Madrid, mal vistas por su militancia —y en llamativo contraste con el omnipresente Calvo Sotelo—, y por sus dudas estratégicas que denotan falta de liderazgo en los momentos difíciles y que dejaron el partido dividido en al menos tres corrientes.<sup>19</sup> Es casi seguro, además, que su frustrado acceso al poder por las vías democrático-legales le convencieran de la necesidad de ensayar una solución de fuerza, con la que ya había amagado en diciembre de 1935 y febrero de 1936. En su declaración ante la Causa General de 1942 lo expresó sin medias tintas: después de las elecciones de febrero solo un golpe militar podía salvar a España de la anarquía; nada dijo, en cambio, de un posible Gobierno de unidad nacional, seguramente porque nunca creyó en la bondad de dicha alternativa. Uno de los miembros de la CEDA más proclives a ese ejecutivo de amplio espectro, Manuel Giménez Fernández, recordaba años después que fue el propio Jefe quien dio por clausurada esa vía a finales de mayo:

---

<sup>16</sup> “Contra la violencia”, *El Debate*, 16 de abril de 1936.

<sup>17</sup> “Gil-Robles enjuicia el momento político”, *El Debate*, 24 de abril de 1936.

<sup>18</sup> Diego MARTÍNEZ BARRIO: *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 21.

<sup>19</sup> Así lo da a entender Álvarez Tardío: «No hay que descartar que una posición un tanto ambigua fuera algo deliberado; en definitiva, algo que respondiera a la necesidad de mantener cierta neutralidad entre el sector cedista que era abiertamente contrario a abandonar el legalista y los que no, de tal forma que él pudiera mantener abierta, hasta el último momento, la puerta con al que hacer política parlamentaria por si finalmente la situación política y social mejoraba» (Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: op. cit., p. 251.)

Gil-Robles nos planteó a finales de mayo a Lucía y a mí la imposibilidad de seguir preparando la posición de centro, que realmente querían muy pocos, pues la mística de la guerra civil se había apoderado desgraciadamente de la mayoría de los españoles.<sup>20</sup>

Las palabras de Gil-Robles ante los jueces franquistas en 1942 no dejan espacio para demasiadas dudas sobre su verdadero pensamiento acerca de una solución militar:

La posición de la CEDA era bien clara. Había hecho una experiencia de actuación legal, fracasada por los manejos antidemocráticos y por la violencia criminal de las turbas. Estaba abierto el camino a la intervención de las fuerzas armadas y legitimado plenamente el empleo de la fuerza para restaurar el orden social y jurídico. No se divisaba más solución posible que la militar, y la CEDA se dispuso a darle todo el apoyo posible.<sup>21</sup>

Ese golpe legítimo habría de ser defensivo y violento, y a diferencia de otras intentonas anteriores, no tendría como objetivo restablecer la legalidad —a la que Gil-Robles ya no apela, ni siquiera como punto de partida para una futura revisión constitucional— sino abrir un camino político totalmente nuevo.

Una de las claves es averiguar en qué momento exacto Gil-Robles perdió toda esperanza en la República y se sumó a la conjura golpista. No es fácil saberlo, porque durante varias semanas estuvo jugando a dos barajas, la del gobierno de unidad y la del golpe. Al tiempo que se ofrecía a Martínez Barrio para la gran coalición, no era ajeno a la conspiración militar que se fraguaba, y que tuvo su primer episodio en una reunión de mandos militares en el domicilio particular de José Delgado y Hernández de Tejada, agente de bolsa, militante de la CEDA y amigo de Gil-Robles, cualidad esta última que también distinguía a no pocos de los generales allí reunidos. En otra acción que en 1942 presentó —ante la Causa General— como favorable a la conspiración en ciernes, Gil-Robles patrocinó la candidatura del general Franco como diputado por Cuenca, con la intención, según sus palabras, de «cubrirle» con la inmunidad parlamentaria.

Si en abril aún se concebían algunas esperanzas de «rectificar» el rumbo de la República, el retraimiento de la CEDA en las elecciones de Granada, la polémica derrota derechista en la segunda vuelta de Cuenca y la consolidación del Frente Popular con el gobierno Casares terminaron por convencerle, probablemente hacia mediados de mayo de 1936, dando ya por enterrada la alternativa de Gobierno unitario. Durante sus fines de semana en Biarritz reforzó sus lazos con profesionales de la conspiración, como Juan March, Juan Ignacio Luca de Tena, el conde de los Andes o Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorriá, que ya estaban en conexión con el general Mola. Gil-Robles reconoció haberse reunido con sus amigos de Biarritz en su propio domicilio y en el del conde de los Andes, pero no parece muy creíble que, en aquellas circunstancias, apenas «oía los comentarios que se hacían acerca de posibilidades de un golpe de estado, de

<sup>20</sup> Carlos SECO SERRANO: "La experiencia de la derecha posibilista en la II República española", estudio preliminar a José María Gil-Robles, *Discursos parlamentarios*, Madrid, Taurus, 1971, p. XVIII.

<sup>21</sup> AHN, FC-Causa General, exp. 40. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

preparativos, etc.» y que, a lo sumo, cuando volvía de Madrid, «des ponía al tanto de las últimas incidencias políticas y nos comunicábamos nuestros temores», pero nada más.<sup>22</sup> Los hechos nos permiten dudar de la marginalidad de Gil-Robles en el proceso. El propio interesado contradice su papel de mero oyente cuando en 1942 declaró ante la Causa General que «supe lo que se preparaba, y cooperé con el consejo, con el estímulo moral, con órdenes secretas de colaboración e incluso con auxilio económico, tomando en no despreciable cantidad de los fondos electorales del partido». Incluso menciona su participación en acciones golpistas muy concretas:

El intento de cubrir al general Franco con la inmunidad parlamentaria mediante su elección con el general Fanjul por la provincia de Cuenca; una gestión realizada en San Juan de Luz cerca del señor Fal Conde por encargo del general Mola; la redacción de un Manifiesto impreso en Biarritz y enviado a Pamplona el 16 de Julio; y las diligencias hechas en Francia en unión con otros elementos para enviar un avión a Canarias al General Franco.<sup>23</sup>

En esa misma declaración añade otra clave: habría estado «desconectado» de los elementos directivos del Alzamiento, «sin yo quererlo». Por elementos directivos Gil-Robles no entiende a sus amigos de Biarritz, elementos auxiliares de la trama, sino a los generales promotores del golpe, Mola y Sanjurjo en particular, a los que se ofreció para tener un papel más relevante en la trama, sin conseguirlo del todo, como se trasluce de sus palabras. No es de descartar que hasta casi el último momento –mediados de junio– Gil-Robles no anduviera demasiado preocupado por su papel testimonial en la conspiración. Sin duda tenía en mente el golpe portugués de 1926, que aunque tuvo carácter militar culminó con la dictadura del economista Oliveira de Salazar, cuyos principios doctrinales eran muy cercanos a los del político español. Por eso, hasta más o menos mediados de junio, Gil-Robles no se había querido inmiscuir demasiado en los planes militares, de los que sabía relativamente poco.<sup>24</sup> Pensaba que el golpe, de triunfar, le aclamaría como el líder natural de la derecha, avalado por su mayor número de votos y de diputados. Sin embargo, las circunstancias impidieron que el modelo portugués –sentarse y esperar– se repitiera en España. El primer responsable de ello fue sin duda el propio Gil-Robles, que como se ha dicho, quiso tener un papel más protagonista en la conspiración. No es coincidencia que por aquellos días ingresaran en la conspiración los generales Cabanellas y Queipo de Llano, favorables a dar mayor protagonismo a las fuerzas políticas en el alzamiento, lo que sin duda ofrecía a la CEDA una inesperada posibilidad de influir en los acontecimientos. Gil-Robles debió entender que la pasividad ya no era posi-

<sup>22</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/2-3, “Mi relación con el general Franco” (I), borrador del libro: Josep Carles CLEMENTE: *Diálogos en torno a la guerra de España*, Madrid, EASA, 1979; José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 790.

<sup>23</sup> AHN, FC-Causa General, exp. 40. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

<sup>24</sup> No obstante, Gil-Robles alardeó ante Fal Conde, el 5 de julio de 1936, de estar en contacto con Mola «hace tiempo», una afirmación que el jefe carlista no se creyó, Gil-Robles también habría aludido en esa misma reunión estar «al habla» con Cabanellas y Queipo de Llano (cfr. “Informe de la dirección tradicionalista, 6-VII-1936 (Archivo Fal Conde)”, en Manuel FERRER MUÑOZ: “Navarra y País Vasco, 1936. Conspiración contra la República”, *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, 22 (1994), pp. 259-260).

ble, y que por eso había que hacerse visibles ante los cabecillas militares, Mola en particular, quien hasta entonces, y contra los intereses de la CEDA, tan solo se había mostrado partidario de «políticos con gente de acción», o sea, con milicias organizadas.

Siendo Gil-Robles un personaje muy conocido, que se movía escoltado por España, es evidente que no podía asumir personalmente esos contactos con los golpistas, papel que recayó en uno de los colaboradores que consideraba más leales: Francisco Herrera Oria, hermano de Ángel, y fallido diputado por Granada. El primer paso para hacerse visibles pasaba por ganarse el favor del general Mola, “el Director” del golpe, quien tenía razones para estar agradecido a Gil-Robles, toda vez que el ex-ministro de Guerra le había sacado del ostracismo en agosto de 1935, confiándole primero la comandancia de Melilla y luego la jefatura superior de las fuerzas en Marruecos. La manera de obtener la complicidad de Mola fue ofrecerle la elevada suma de medio millón de pesetas, al parecer provenientes de los fondos electorales de Acción Popular.<sup>25</sup> Los hechos debieron tener lugar hacia finales de junio y están rodeados de no pocos interrogantes. No parece creíble, como escribe Gil-Robles en sus memorias, que la iniciativa para dicha entrega partiera de “Paco” Herrera, quien al parecer se presentó en el despacho de su líder político en compañía de otro destacado militante cedista, Carlos Salamanca, con la supuesta misión, por parte del general Mola, de conseguir el mayor dinero posible para financiar algunos aspectos del golpe. El Jefe no habría puesto ningún obstáculo a esta entrega, entendiéndolo que «interpretaba el pensamiento de los donantes de esa suma si la destinada al movimiento salvador de España». La versión de Gil-Robles es difícil de sostener, en primer lugar porque consta, por testimonio de Mola, que en esa fecha aún no conocía a “Paco”, en segundo término porque Herrera actuó siempre como emisario de Gil-Robles en las misiones más delicadas del golpe, y por último, porque en una reunión con Fal Conde, Gil-Robles ligó la entrega del dinero con la consecución de unos determinados fines políticos que, como pronto se comprobará, resultaban esenciales para la supervivencia de la CEDA y de su líder.

Más extrañas resultan las versiones sobre el modo en que se entregó el dinero a Mola. Los encargados de hacerlo fueron Herrera y Salamanca, dos rostros desconocidos para el general, pero que se presentaron en Pamplona con la suma en efectivo. Se cuenta que Mola, receloso de las intenciones de los emisarios de la CEDA, no quiso inicialmente recibirles, alegando que «no había pedido dinero alguno ni lo necesitaba». Solo a ruegos del capitán Lastra el desconfiado general aceptó tomar en mano la importante cantidad que se le ofrecía, que quedó depositada en un banco de Pamplona, y que tras el 18 de julio se usaron para abonar los gastos corrientes de las tropas sublevadas en la capital navarra y para pagar gratificaciones a los conductores de los vehículos

---

<sup>25</sup> Parece ser que Gil-Robles le dijo a Fal Conde que el medio millón provenía de la Editorial Católica; sin duda Gil-Robles no consideró prudente mencionar la procedencia electoral de dicha suma porque los partidos coaligados con la CEDA en febrero de 1936 siempre sospecharon que los accidentalistas habían utilizado los recursos comunes con absoluto partidismo, incluso había sospechas de malversación (lo de la Editorial Católica en Manuel FAL CONDE: “El medio millón de pesetas, aportación de Gil-Robles al alzamiento (y II)”, *ABC*, 3 de mayo de 1968).

militares implicados en el golpe.<sup>26</sup> Gil-Robles da a entender que el responsable de la entrega fue “Paco” Herrera Oria, e incluso que su mano derecha habría actuado por su cuenta, sin la obligada lealtad hacia el jefe de filas.<sup>27</sup> Sin desmentir las deslealtades de Herrera, resulta más creíble la versión que de estos mismos hechos ofrece Manuel Fal Conde. Parece que los posibles recelos de Mola venían del deseo de los donantes de ligar la entrega del dinero con el cumplimiento de un determinado programa político, que Gil-Robles quería poner en marcha tras la caída de la República.

Dando como seguro que la actuación de los militares sería “corta” en el tiempo, Gil-Robles pretendía que en corto plazo se formara un Gobierno de concentración de derechas, cuyas carteras –gobiernos civiles y demás prebendas incluidas– se repartirían entre los jefes de los partidos que habían conformado el bloque contrarrevolucionario en febrero de 1936.<sup>28</sup> Desde Biarritz, Gil-Robles elaboró incluso un programa de acción política para después del golpe, del que se conserva una copia autógrafa en el Archivo General de la Universidad de Navarra. El manifiesto es, en realidad, un programa gubernativo con cuarenta puntos que se agrupan por ministerios

---

<sup>26</sup> Sobre el uso dado a ese dinero hay abundante literatura, por ejemplo: Joaquín ARRARÁS IRIBARREN et al.: *Historia de la Cruzada Española, vol. III. Alzamiento*, Madrid, Ediciones Españolas, 1940; Félix MAÍZ: *Mola, aquel hombre*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 235-240; FUNDACIÓN NACIONAL FRANCISCO FRANCO: *Archivo documental. Apuntes personales del Generalísimo sobre la República y la guerra civil*, Madrid, FNFF, 1987, pp. 35-36; Francisco ALÍA MIRANDA, *Julio de 1936: conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 84. La versión más fiable, creemos, es la que ofrece Mola al propio Gil-Robles en enero de 1937: antes del 18 de julio apenas se habrían sacado unas 5.000 pesetas de la cuenta, el resto lo usó «el día del movimiento», «que retiré unas cantidades bastante crecidas con destino a las tropas que salieron la tarde del 19 de julio, pues las cajas de los cuerpos apenas contaban con lo indispensable para el abono de los haberes corrientes, pero no para el pago del personal perteneciente a requetés y Falange, a quienes asigné el haber diario de tres pesetas. También di unos miles de pesetas al coronel García Escámez para atenciones ineludibles». «No volví a hacer gasto alguno hasta el mes de agosto en que el citado coronel me pidió dinero para abono de gratificaciones para conductores entregándole de unas 50 a 60 mil pesetas». Algún tiempo después Mola entregó a un emisario de Francisco Herrera la suma de 25.000 pesetas, «por creer que dicho dinero a él pertenecía». Cuando Mola escribe a Gil-Robles en enero de 1937 aún quedaba la mitad del dinero sin gastar (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/009, Mola a Gil-Robles, Ávila, 1 de enero de 1937). Mola ofreció estas cifras a Gil-Robles en repuesta de un correo anterior del político católico, muy interesado en desacreditar a Herrera Oria (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/008, Gil-Robles a Mola, Lisboa, 29 de diciembre de 1936). Para esquivar toda duda ante Mola, Gil-Robles dio por bien empleado el dinero, «que es del Ejército y de España» (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/010, Gil-Robles a Mola, Lisboa, 6 de enero de 1937).

<sup>27</sup> Mola parecería avalar esta tesis al escribir a Gil-Robles, meses después, que «Cuando Herrera escapó de la zona roja y vino a verme, puse a su disposición el sobrante por creer que dicho dinero a él pertenecía, pero no lo quiso». En enero de 1937, fecha de esta carta, las relaciones entre Gil-Robles y Herrera eran tormentosas, al entender el primero que su emisario había obrado buscando su medro personal, y no el de su principal. No es improbable que Mola quisiera ayudar a Gil-Robles en su venganza contra “Paco” Herrera, por el que Mola tampoco sentía en aquellos momentos la menor simpatía (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/009, Mola a Gil-Robles, Avila, 1 de enero de 1937).

<sup>28</sup> Cfr. Manuel FAL CONDE: op.cit., *ABC*, 3 de mayo de 1968; “Informe de la dirección tradicionalista, 6-VII-1936 (Archivo Fal Conde)”, en Manuel FERRER MUÑOZ: op.cit., pp. 259-260.

(“Política General”, “Ministerio de Trabajo”, “Ministerio de Agricultura”, etc.)<sup>29</sup> Tras la debacle de la República se tendría que formar un nuevo Gobierno cuyas funciones vendrían reguladas por un estatuto provisional, a la manera de lo que ocurrido en 1931. Pero aquí acaban las posibles coincidencias con el 14 de abril, porque lo que Gil-Robles presenta es algo sustancialmente distinto: un Estado autoritario y corporativo, con expresa prohibición de los partidos, sindicatos y medios de prensa de signo obrero y separatista, tal como la CEDA había prometido hacer en los mítines de sus principales dirigentes durante la campaña electoral de febrero. La Constitución en vigor sería derogada –no reformada– al estimarse que había sido violada por el Frente Popular. Un consejo asesor de tipo corporativo, cuyo sistema de elección no se explicita, se encargaría de elaborar la nueva Constitución, que *a posteriori* tendría que ser votada en plebiscito por los españoles, una vez depurado y revisado “convenientemente” el censo, se entiende que aplicando unos previsibles criterios de desafección política. Con la idea de evitar la lucha de clases se admitiría la pluralidad de afiliación sindical, siempre que las organizaciones obreras abjuraran de las ideas internacionalistas. El libre mercado estaría condicionado por la regulación de un “Estado fuerte”, con amplias potestades en materia agraria, industrial, bancaria o de obras públicas, a la manera de lo ensayado por Miguel Primo de Rivera durante su dictadura. No sería obligatoria la enseñanza católica, aunque se procedería a expulsar a los maestros cuyos principios fueran contrarios a la moral de la patria, una propuesta ya lanzada por el mismo Gil-Robles en la última campaña electoral. Las fuerzas de orden público –incluida la Guardia de Asalto– serían militarizadas, tal como propugnaba la CEDA en su programa. El epígrafe “Guerra” aparece tachado, seguramente porque el autor no consideraba oportuno indicar a los mandos militares promotores del golpe cuál debía ser la futura política en este terreno.<sup>30</sup>

Con la única salvedad de la política militar, el enorme detalle con el que está redactado este programa gubernativo conduce a pensar que Gil-Robles tenía fundadas aspiraciones a obtener un papel muy relevante en el Gobierno que emergiera del golpe, entendiendo esa participación como un paso previo hacia un ejecutivo “no militar” donde él sería el hombre fuerte, el Salazar español. Tan desmesuradas ambiciones muestran hasta qué punto el líder cedista midió mal sus fuerzas. No intuyó que, salvo excepciones, los militares españoles tenían otras ideas. A pesar de su evidente rechazo a los planes políticos de Gil-Robles, Mola agitó el fantasma de un Gobierno

<sup>29</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/001, “Papeles autógrafos de Gil-Robles relacionados con la Guerra Civil. Texto autógrafo”. Podría pensarse que este documento es al que Gil-Robles se refiere en una nota de *No fue posible la paz* (p. 788, nota 37), que habría elaborado en octubre. Nosotros en cambio fechamos este texto en una fecha anterior al 18 de julio porque en su exposición de motivos para derogar la Constitución republicana no se menciona en ningún momento la violencia revolucionaria posterior a esa fecha ni los sucesivos Gobiernos de Giral o Largo Caballero que avalarían con creces su tesis sobre la necesidad de derogar la inoperante Constitución.

<sup>30</sup> No es del todo seguro que este manifiesto guarde relación directa con otra actuación en el golpe que Gil-Robles menciona en su declaración ante la Causa General, que consistiría en «la redacción de un Manifiesto impreso en Biarritz y enviado a Pamplona el 16 de Julio». Si ese manifiesto fuera el que aquí presentamos es evidente que Mola lo desechó sin más, porque el bando finalmente publicado por el general el 19 de julio, que declaraba el estado de guerra en las provincias del norte, con las prohibiciones y restricciones habituales en un golpe militar.

de partidos para presionar a los carlistas, muy reacios a sumarse incondicionalmente a los planes de los militares golpistas. Aparentando interesarse por los proyectos de Gil-Robles, el “Director” pidió al líder cedista que se entrevistara con el indómito Fal Conde, refugiado en una localidad vecina a Biarritz, San Juan de Luz. Como la misión era fuera de España, Gil-Robles se podía desenvolver sin las mismas prevenciones con que se movía por España, y decidió acudir en persona, acompañado de su inseparable Herrera Oria y del director de *ABC*, Juan Ignacio Luca de Tena.<sup>31</sup> Gil-Robles no tuvo la sagacidad suficiente para comprender que estaba siendo utilizado por Mola y acudió a la reunión con Fal Conde –que se celebró el 5 de julio– con los ánimos muy crecidos, queriendo humillar a su interlocutor. Presentó su programa político como algo decidido, a modo de “trágala”; le habló de su Gobierno de concentración derechista y del reparto de gobiernos civiles, e invitó a Fal a renunciar a todas sus exigencias. Según una airada carta escrita por Fal a Sanjurjo al día siguiente de la reunión, los “mediadores” llegaron a afirmar que el carlismo no hacía falta, pues sólo se precisarían quinientos hombres disfrazados de soldados, a lo que el líder carlista replicó indignado que se extrañaba que entre CEDA y Renovación Española fueran incapaces de proporcionar siquiera esa fuerza.<sup>32</sup> La impetuosa discusión terminó siendo un episodio más de las tormentosas reuniones celebradas entre los líderes de las derechas para conformar las últimas candidaturas contrarrevolucionarias. Las heridas seguían abiertas y ni siquiera las expectativas de recuperar pronto el poder ayudaban a cicatrizarlas. Sin duda, la profunda división entre las fuerzas de la derecha hacía muy difícil una solución civil “a la portuguesa”; Mola lo sabía y enviando a Gil-Robles consiguió sus objetivos: que Fal Conde se aviniera a negociar –presionado igualmente en el frente “interior” por el conde de Rodezno–, al tiempo que dejaba fuera de juego al insaciable líder de la CEDA.

Mola intentó contentar a Gil-Robles con una propuesta descafeinada: en vez de Gobierno de políticos tras el golpe, habría una mera reunión de los diputados derechistas de las Cortes aún en vigor, que tendría lugar el 17 de julio y cuyo propósito sería declarar “facciosas” a las instituciones de la República, “apelando al pueblo y al Ejército contra ellos”. Mola sondeó a los principales líderes de la derecha sirviéndose de Luis de Zunzunegui, encargado de contactar con Goicoechea y Calvo Sotelo, y de “Paco” Herrera, que debía hacer lo propio con Gil-Robles. El líder de la CEDA, sintiéndose desautorizado, se negó a colaborar con esas Cortes de Burgos, que juzgó imprudente convocar, argumentando que el desplazamiento de más de un centenar de congresistas podría poner al gobierno de Casares Quiroga al corriente de toda la trama<sup>33</sup>. A la negativa de Gil-Robles se unió la de alfonsinos y carlistas, temerosos de que un “hecho parlamentario” les pusiera

<sup>31</sup> Gil-Robles citó por error a Lamamié de Clairac como uno de los tres emisarios que se reunieron con Fal Conde, cuando en realidad se trataba de “Paco” Herrera (José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 733; Juan Ignacio LUCA DE TENA, op.cit., p. 68).

<sup>32</sup> Melchor FERRER, Domingo TEJERA y José F. ACEDO: *Historia del Tradicionalismo Español*, Ed. Trajano, Ed. Tradicionalista, Ed. Católica, Madrid-Sevilla, 1941□1979, vol. XXX, pp. 162□163 y 327□329. Una visión de conjunto: Julio ARÓSTEGUI: “El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936”, *Arbor*, 491-492 (1986), pp. 27-75.

<sup>33</sup> José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 787-788.

en inferioridad de condiciones ante la mayor fuerza de la CEDA en el terreno institucional. Justo por eso, Herrera Oria creyó que la oferta de Mola era más que razonable, e incluso hizo ver a su jefe que la reunión de Burgos le conduciría a lo más alto, sería «la consagración de tu vida política». El Jefe, obsesionado con el Gobierno provisional, no lo quiso ver así, e incluso intuyó que “Paco” Herrera comenzaba a actuar movido por ambiciones personales más que por lealtad. Dos meses después, cuando las relaciones entre ambos se habían enfriado, un duro cruce de cartas terminó por romper su amistad. “Paco” acusaba a su jefe de filas de cerrazón: «te lo propuse y si hubieras aceptado, creo hubieras sido el futuro jefe de Estado».<sup>34</sup> Gil-Robles optaba en cambio por zaherir a su antiguo protegido: «me armo de comprensión para no censurar a quienes buscan la sombra de un árbol más frondoso que yo».<sup>35</sup>

Los frecuentes viajes de “Paco” a Pamplona le valdrían una efímera confianza del general Mola, que se sirvió del ambicioso cedista para otras misiones, en principio también respaldadas por Gil-Robles. La más conocida de esas misiones fue el alquiler del *Dragon Rapide*, el legendario avión que transportó a Franco desde Canarias a Marruecos, en cuya contratación Gil-Robles se atribuyó ante la Causa General «diligencias hechas en Francia en unión con otros elementos», entendiendo por tales “elementos” a sus amigos de Biarritz (Luca de Tena, Juan March, el conde de los Andes, “Paco” Herrera. . .). Casi treinta años después, en cambio, en las páginas de *No fue posible la paz*, Gil-Robles habla del asunto en tercera persona y concede todo el protagonismo de la negociación a su escudero Francisco Herrera.<sup>36</sup> Cuestionada su versión por Luca de Tena, Gil-Robles fue más explícito en la réplica que publicó en las páginas del diario *Ya*, allá por abril de 1968: «Concretamente, en el asunto del avión no tuve la menor parte».<sup>37</sup> Recopilemos los hechos: muy a finales de junio “Paco” Herrera viajó a Marruecos para sumar apoyos cara al golpe. Allí el emisario de Mola y Gil-Robles se encontró con la inesperada negativa del teniente coronel Yagüe, que no quería sublevarse si Franco a su vez no lo hacía; ambos, Yagüe y Herrera Oria, idearon “un hecho consumado” para convencer a Franco, a la sazón en Canarias, que consistía en poner a disposición del indeciso general una avioneta que le trasladase a Marruecos. Inmediatamente después “Paco” Herrera volaba a Pamplona el 1 de julio, donde buscó –y obtuvo– el visto bueno de Mola a este plan.

Fueron los conspiradores de Biarritz los que dieron forma a la “operación avión”. Apenas llegó Herrera de Pamplona se reunieron en casa del marqués de Luca de Tena; Juan March se avino a poner el dinero, mientras el director de *ABC* se ponía en contacto con el periodista Luis

<sup>34</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/006, Fco. Herrera a Gil-Robles, Salamanca, 21 de octubre de 1936.

<sup>35</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/007, Gil-Robles a Fco. Herrera, Lisboa, 22 de octubre de 1936.

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 780-782.

<sup>37</sup> El texto de la réplica de Gil-Robles en el diario *Ya* de 10 de abril de 1968 se ha consultado en AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/276; Juan Ignacio LUCA DE TENA: “Sin comentarios”, *ABC*, 1 de mayo de 1968.

Antonio Bolín y con el aviador Juan de la Cierva, que agilizaron las gestiones desde Londres<sup>38</sup>. No es seguro que a esta reunión asistiera Gil-Robles. En todo caso, el 19 de julio Gil-Robles sí oyó por boca de Bolín –recién aterrizado en Biarritz desde Marruecos– las peripecias del viaje de Franco en el *Dragon Rapide*.<sup>39</sup> Para entonces el golpe ya estaba en marcha, aunque las cosas no salieron del todo bien para el dirigente católico.

Ante la inminencia del levantamiento, Gil-Robles se limitó a dirigir, entre junio y julio, unas directrices a las organizaciones provinciales del partido, invitando a sus afiliados a ponerse a disposición de los militares con armas y dinero, y a los jóvenes en particular les conminaba a «colocarse bajo el mando de los jefes militares, huyendo todo lo posible de formar milicias o batallones propios, en los que se vería un grave peligro de particularismo e indisciplina».<sup>40</sup> Sin embargo, no todos en la CEDA estaban de acuerdo con ese rechazo de Gil-Robles a la formación de milicias. Los más ardorosos se fugaron a organizaciones vecinas, como la Falange o la Comunión. Otros militantes, sin abandonar formalmente la disciplina de la CEDA, formaron milicias sin el aval de la dirección del partido. Es el caso del joven secretario general de la Derecha Regional Valenciana, José María Costa Serrano, que gestionó en su territorio la creación de grupos de acción organizados como milicias, con funciones de espionaje de las actividades revolucionarias y de enlace con fuerzas afines y células militares proclives al alzamiento; para Costa Serrano era importante mantener la militancia en la DRV, que serviría de fachada legal para las acciones clandestinas de las células.<sup>41</sup> Ya tras el 18 de julio se multiplicaron las milicias asociadas a la CEDA y a la JAP, como el batallón Pérez del Pulgar bajo el mando del dirigente granadino Ramón Ruiz Alonso. Ante el repentino prestigio de la sangre, Gil-Robles se vería forzado a rectificar sobre la marcha su posición inicial en este punto, pero el cambio de estrategia llegó muy tarde y la CEDA quedó en franca inferioridad frente a la Falange o el Requeté.

### Tercera frustración: progresiva irrelevancia en el Nuevo Estado (Lisboa)

El 15 de julio de 1936, tras un crispado intercambio telefónico con el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, a quien acusó de complicidad en el asesinato de Calvo Sotelo, Gil-Robles intervino por última vez ante la Diputación Permanente responsabilizando de nuevo al Gobierno del estado de tensión preinsurreccional que se vivía en España.<sup>42</sup> Esa misma tarde, tras almorzar con sus fieles, salió hacia Biarritz, donde llegó en la madrugada del 16. De nuevo cruzó la frontera a mediodía del 17 para celebrar con un día de retraso la onomástica de su mujer (Carmen

<sup>38</sup> Torcuato LUCA DE TENA: *Papeles para la pequeña y gran historia*, Barcelona, Planeta, 1991, pp. 207-210

<sup>39</sup> Juan Ignacio LUCA DE TENA: op.cit., p. 83.

<sup>40</sup> AHN, FC-Causa General, exp. 40. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

<sup>41</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/1 (7/7), “Lucia y el movimiento. Telegrama depositado en el centro de Telégrafos de Benicàssim en la mañana del 19 por el propio firmante”.

<sup>42</sup> “Texto íntegro de todos los discursos pronunciados en la Diputación Permanente”, *El Debate*, 17 de julio de 1936.

Gil-Delgado) en San Sebastián, en casa de los Peña Castillo; tras una copiosa merienda familiar se animó a dar un pequeño paseo por la “Avenida” donostiarra (¿el Bulevar?), sin saber que a esa misma hora unidades del Ejército español iniciaban la sublevación en Marruecos. A ruegos de Carmen, «movida por un presentimiento», el matrimonio Gil-Robles volvía a Biarritz sobre las ocho de la tarde, antes del anochecer.<sup>43</sup>

El paso a Francia se hizo más tedioso que de costumbre por los severos controles establecidos ese día por la Gendarmería. La policía gala preguntó a Gil-Robles por sus planes para los próximos días, porque tenían órdenes de velar por la seguridad de una serie de personas, entre las que el político español alcanzó a ver los nombres de Casares y de Goicoechea. Convencido de que los controles tenían que ver con un agravamiento de la situación de España, apenas llegado a Biarritz se puso en contacto con otros conspiradores, como March, Luca de Tena o el conde de los Andes, que decían saber tan poco como él. No fue hasta las siete de la mañana del día siguiente, 18 de julio, cuando Luca de Tena le telefoneó para informarle del pronunciamiento en África. La conversación entre ambos fue breve pero reveladora: «¿Solo el ejército de Marruecos?», interrogó Gil-Robles; «únicamente, las tropas de Marruecos», replicó el director de *ABC*<sup>44</sup>. ¿Ese “solo” significaba que el dirigente de la CEDA esperaba una maniobra de mayores dimensiones? Es muy probable que sí.

Gil-Robles siempre sostuvo que desconocía la fecha exacta del alzamiento y no hay por qué no creerle. Como se ha dicho, eran poquísimos los que estaban al tanto de los pormenores, como dictan los cánones de toda intentona golpista. Gil-Robles, incidiendo en su total ignorancia, alega que hubiera sido una gran imprudencia dejarse ver por San Sebastián mientras se daban los primeros pasos de la sublevación. También menciona que había convocada una reunión con los parlamentarios de la CEDA para el 21 de julio, a su juicio otra evidencia de su desconocimiento de lo que iba a ocurrir en aquellas fatídicas horas.<sup>45</sup> El primer argumento puede parecer sólido, aunque sin dejar de lado la extrema reserva impuesta por Mola y conociendo además que la sublevación de Marruecos hubo de adelantarse varias horas sobre lo previsto por el riesgo a que el Gobierno descubriera lo que los jefes golpistas del Protectorado se traían entre manos. Sobre la reunión proyectada el día 21 llama la atención que la mayor parte de la cúpula de la CEDA estuviera fuera de Madrid, salvo Francisco Herrera, asumiendo los posibles riesgos: «Yo en el Movimiento – recordaba “Paco” tiempo después – acepté el único papel que pudiera obligarme a permanecer en Madrid, sabiendo de antemano que podría costarme la vida».<sup>46</sup> Esta mención nos lleva a pensar que la reunión parlamentaria de la CEDA del día 21 era en realidad una tapadera para evitar una posible represalia si el golpe salía mal. Se podrá alegar que Herrera no era en aquellos momentos diputado, y por tanto no estaba formalmente convocado para la reunión, pero en aquel momen-

<sup>43</sup> José María GIL-ROBLES, op.cit.: p. 771,

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 772.

<sup>45</sup> *Ibidem*, pp. 767-768.

<sup>46</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/006, Fco. Herrera a Gil-Robles, Salamanca, 21 de octubre de 1936.

to, muy anterior a su ruptura con Gil-Robles, aparte de actuar como emisario de los golpistas, era un habitual en todos los actos políticos de relevancia.

No está de más recordar que Gil-Robles había vencido sus escrúpulos ante el golpe semanas antes que Franco, por ejemplo. Todos sus actos tras el 18 de julio prueban su absoluta toma de partido. Hizo oídos sordos ante la llamada de Martínez Barrio, que al parecer –Gil-Robles lo da como muy probable– le contactó la madrugada del 19 de julio para ofrecerle una cartera en un Gobierno de unidad,<sup>47</sup> invirtiéndose así las tornas respecto a la “intentona” unitaria del político cedista en abril y mayo, que Barrio refutó. También se indignó con el diario francés *Paris-Soir* por publicar unas supuestas declaraciones suyas en las que se mostraba contrario al golpe militar.<sup>48</sup>

La repentina muerte del general Sanjurjo, con quien Gil-Robles mantenía buenas relaciones, fue posiblemente su primer gran revés en sus planes de influir decisivamente en la España nacional. El día 20 de julio supo por boca del industrial vasco Gabriel Artiach que las autoridades militares no veían con buenos ojos su inmediata presencia en España, y aunque tres días después el alfoncino Luis María Zunzunegui le invitó en nombre de Mola a instalarse en Burgos, Gil-Robles consideró más prudente no volver de momento, probablemente sabedor de que en Burgos sería solo uno más, al mismo nivel –en el mejor de los casos– que falangistas y tradicionalistas.<sup>49</sup> Sus planes inmediatos no pasaban tanto por establecerse en una España incierta como por regresar convertido en el hombre necesario. En todo caso, ese regreso no lo podría hacer desde Francia, sino desde Portugal. El 20 ó el 21 de julio se le comunicó que por orden gubernativa debía abandonar territorio francés antes de 48 horas, dejando a su elección salir por la frontera de Alemania o de Suiza. Contraviniendo las órdenes, partió el 24 de julio, rumbo a París, llevando en su bolsillo doce mil libras esterlinas que le había dado su amigo Juan March, «por si hacía falta para algo».<sup>50</sup> En París le esperaba el ex-embajador Quiñones de León, gran amigo de Alfonso XIII, que le facilitó un viaje en tren hasta Boulogne-sur-Mer, puerto donde pudo al fin tomar un barco rumbo a Portugal tras sortear los controles de la Gendarmería. Después de treinta y seis horas de travesía marítima Gil-Robles desembarcaba en Lisboa la mañana del 27 de julio de 1936, sin sospechar que allí estaría hasta 1953.<sup>51</sup> La elección de Portugal estuvo condicionada por sus reconocidas simpatías hacia el régimen de Salazar, que en esos momentos servía como retaguardia de la sublevación española.

Al salir de Biarritz, Gil-Robles tenía la misión de conseguir de Salazar que Gran Bretaña impidiese el abastecimiento de la flota republicana en Tánger.<sup>52</sup> Como esa labor no cubría sus grandes expectativas, decidió poner en marcha la conocida como Junta de Lisboa, un comité

<sup>47</sup> José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 791.

<sup>48</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/001 Gil-Robles a Bertrand de Jouvenel. Biarritz, 21 de julio 1936.

<sup>49</sup> José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 788-789.

<sup>50</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/003, “Memorias Gil-Robles París-Lisboa”, f. 6.

<sup>51</sup> José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 792-794. Algún detalle más del viaje en AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/1. “Últimos encuentros con Franco”.

<sup>52</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María Gil-Robles: “Mi relación con el general Franco (II)”, f. 31.

inicialmente pensado para acoger refugiados derechistas españoles y ayudarles a pasar a “zona nacional”. Esta junta de carácter oficioso estaba integrada por monárquicos, en muchos casos antiguos colaboradores del general Primo de Rivera, como Joaquín Bau, Ildefonso Fierro, Gabriel Maura, el marqués de la Vega de Anzo o el marqués de Aledo, junto a funcionarios de la embajada española en Lisboa, pronto separados del servicio por el Gobierno republicano, como el marqués de Villaurrutia, José María Saro y José Sebastián Erice. El trabajo de esta junta fue particularmente activo en los primeros momentos de la Guerra Civil, cuando Badajoz aún estaba en manos de la República. Gil-Robles enfatiza que sus funciones fueron estrictamente humanitarias, como la compra de ropa y medicamentos, o el paso de tropas desde el sur hasta Salamanca y Tuy. Para financiar esas operaciones se abrió una cuenta en el Banco Espíritu Santo de Portugal, uno de cuyos titulares fue Gil-Robles; la mayoría de los ingresos procedían de donaciones de particulares en España y en América. El político de la CEDA negó en cambio la intervención de la junta en la compra de armamentos, aunque los hechos conducen a pensar que Gil-Robles daba un significado peculiar a ciertos conceptos. Admite, por ejemplo, haber entregado a la Junta las 12.000 libras esterlinas dadas por Juan March, y que ese dinero terminó en manos de Juan de la Cierva «que desde Londres negociaba con Alemania el envío de aviones de guerra a la zona nacional». Al parecer, Alemania exigía el pago por adelantado y era preciso reunir el dinero lo antes posible. La Junta también tramitó el desembarco de armas alemanas en el puerto de Lisboa, que el gobierno Salazar enviaba a la España nacional camufladas como maquinaria agrícola. La mentira quedó al descubierto cuando una de las cajas se cayó de la grúa, quedando a la vista de los estibadores una pieza de artillería antiaérea.<sup>53</sup> Ante el escándalo y el riesgo de sanciones a Portugal, se canceló la ruta lisboeta, al tiempo que crecían las tensiones entre las potencias europeas, solo calmadas tras la creación en septiembre del inoperante Comité de No Intervención. No obstante, Gil-Robles alega que esas operaciones no fueron obra de la Junta, sino de «miembros particulares» de la Junta, con la supervisión de Nicolás Franco y el apoyo de la policía secreta portuguesa.<sup>54</sup>

La cada vez más frecuente presencia de Nicolás Franco en Lisboa –en calidad de embajador solo desde 1938, porque el cauto Salazar retrasó hasta esa fecha el reconocimiento de la España nacional– fue restando protagonismo a la Junta; tampoco Francisco Franco, jefe del Estado desde octubre de 1936, se sentía cómodo con un organismo que podía servir como plataforma de las ambiciones políticas del jefe de la CEDA, nunca escondidas. Gil-Robles, de hecho, reconoce haber actuado como enlace entre la Junta y el primer ministro Salazar, «en materias que podríamos calificar de diplomáticas».<sup>55</sup> Las misiones de Gil-Robles se hicieron sin autorización expresa del Gobierno de Burgos, e incluyeron puntos tan delicados como salir al paso las bravatas falangistas sobre una presunta unidad ibérica o calmar a Salazar cuando éste amenazó con revisar su

<sup>53</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/003, “Memorias Gil-Robles París-Lisboa”, ff. 8-10.

<sup>54</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/002.1. “El segundo tomo de las Memorias debe comenzar por una información que sirva de enlace con la anterior y que comprenda el período 1936-1937”.

<sup>55</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/003, “Memorias Gil-Robles París-Lisboa”, f. 10.

política de ayuda a la España sublevada ante algunos nuevos desplantes de la Falange. Sí admite Gil-Robles, en cambio, que contó con la aquiescencia de Nicolás Franco para desmentir ante las autoridades británicas la noticia de una inminente invasión a Gibraltar, también propalada por la prensa falangista.<sup>56</sup>

Con la intención de frenar el creciente poder de la Falange, Gil-Robles consultó con los líderes de otros partidos de derechas la posible publicación de una declaración colectiva firmada por los diputados residentes en zona rebelde, haciendo constar su adhesión sin reservas a la causa nacional. Gil-Robles también sugería a esos diputados la conveniencia de convocar unas Cortes que elaborasen una nueva Constitución que sería sometida a plebiscito a acabar la guerra; el propósito del jefe católico no era nuevo, ya había intentado algo parecido en julio que solo encontró eco en algunos sectores moderados del alzamiento. A finales de septiembre, con Franco a punto de asumir la jefatura del Estado, la repuesta de los interpelados fue todavía más hostil, hasta el punto de que Gil-Robles se dijo “asombrado” ante la beligerancia mostrada contra él.<sup>57</sup> Los partidos implicados –incluido un sector de la CEDA– entendían que se trataba de una maniobra oportunista de un Gil-Robles que quería a la desesperada recuperar la influencia perdida desde el 18 de julio, a costa incluso de las organizaciones más comprometidas con la sublevación. El alfonsino Zunzunegui ponía el dedo en la llaga: «¿Qué contestación creía merecer un señor que, después de esa apreciación de las circunstancias de un Movimiento que o no era nada o era anti-democrático, quería resucitar a los tres meses una asamblea de diputados difuntos?».<sup>58</sup>

No menos indignación produjo otra acción unilateral del líder cedista: en enero de 1937 dirigió unas palabras al cotidiano inglés *The Universe* minimizando la influencia fascista en el “movimiento patriótico militar”, que Gil-Robles consideraba en cambio plenamente católico; de igual modo negaba la validez del calificativo “rebelde” para referirse al bando nacional, en tanto que la sublevación había sido una respuesta lícita contra un Gobierno ilegítimo que conducía a España hacia el comunismo. «No puede llamarse rebelión –afirmaba–, sino resistencia perfectamente lícita a la opresión, a la tiranía. Esto está defendido como doctrina católica por Santo Tomás, Suárez, el gran apologista Balmes, cardenal Hegerother y muchos otros».<sup>59</sup> Aunque los argumentos no eran nuevos, provocaron un profundo rechazo entre los falangistas, porque entendían que la intención del jefe católico era equiparar el papel de la CEDA –su ideología, sus víctimas, su apoyo financiero y político– con el de la propia Falange, que en aquel momento –

---

<sup>56</sup> *Ibidem*, ff. 13-15.

<sup>57</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/011, Gil-Robles a José Yanguas, 28 de septiembre de 1936. El contenido de la proclama es el que incluimos en el apéndice (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/001), que según nuestra hipótesis recogería el mismo contenido que el que Gil-Robles elaboró en julio, con algún añadido inicial referido a una hipotética toma de Madrid y a que el plebiscito tuviera lugar tras el fin de la guerra.

<sup>58</sup> José María GIL-ROBLES: *op.cit.*, p. 788, nota 37. Gil-Robles fecha la iniciativa en octubre, en puridad debería retrotraerse a finales de septiembre, poco antes de la elección de Franco como jefe del Estado. ¿Acaso Gil-Robles pretendía condicionarle?

<sup>59</sup> Declaraciones de Gil-Robles al diario *The Universe*, 22 de enero de 1937, recogidas por *Diario de Navarra*, 17 de febrero de 1937 y *El Noticiero*, 18 de febrero de 1937.

enero de 1937— pugnaba por monopolizar la vertiente política de la España levantada en armas contra la República. Un pasquín falangista advirtió que las declaraciones de Gil-Robles, «pretenciosamente habilidosas», eran «una intriga para mover favorablemente hacia sus miras partidistas a la opinión pública inglesa» y significaban «una traición al Movimiento Nacional y revisten los caracteres de un delito de lesa Patria».

Es intolerable —proseguía el pasquín— que, aprovechándose de la cándida buena fe de unos cuantos milicianos, restos ínfimos de las antiguas mesnadas cedistas, se pretenda ser presunto aliado del Movimiento dentro de España y entretanto, agredir en el exterior al prestigio de las fuerzas nacionales que, en unión del Ejército, luchan por la salvación de esta Patria que el antiguo Jefe populista puso en trance de muerte con sus torpezas, veleidades y cobardías. Se impone la disolución fulminante del partido Acción Popular y de sus milicias ridículas<sup>60</sup>.

Para comprender esas durísimas críticas de la Falange hacia Gil-Robles conviene retrotraerse a agosto de 1936. A finales de dicho mes el líder católico hizo un breve viaje a Pamplona para recoger a su mujer y a su por entonces hijo único, que habían obtenido el permiso de reunirse con su marido en Lisboa. Camino a Pamplona paró en Valladolid y en Burgos, donde pudo advertir la fragilidad de su situación política. En Valladolid consiguió reunirse con el general Mola, con quien mantenía unas buenas relaciones personales («entre nosotros llegó a existir confianza y amistad suficientes para justificar las vistas que le hice después del 18 de julio», escribió Gil-Robles<sup>61</sup>); el encuentro entre ambos fue cordial pero corto, y además la charla quedó interrumpida por una llamada del general Franco, con el que Gil-Robles no había hablado desde que abandonó el Ministerio. Gracias a los oficios de Mola, el ex-ministro de Guerra pudo al menos saludar a su antiguo jefe del Estado Mayor, que en esos momentos solo era un aspirante a la jefatura de la sublevación. Peor le fueron las cosas en Burgos, donde los falangistas le recibieron de la manera más hostil; hubo incluso un conato de agresión de la que Gil-Robles pudo salvarse gracias a una rápida intervención del Ejército, que dispersó a los airados manifestantes.<sup>62</sup> Ya en Pamplona, aparte de reunirse con su mujer e hijo, invitado por Mola asistió en el frente a las operaciones previas a la toma de Irún.

Su conocimiento de las circunstancias españolas convenció a Gil-Robles de que en aquellos momentos la única manera de potenciar la presencia de la CEDA en la vida nacional era creando milicias propias. Antes del 18 de julio los principales dirigentes católicos, como Lucia, Giménez Fernández o el propio Gil-Robles, se habían mostrado muy escépticos con dichas milicias, en la confianza de que el golpe militar tendría una salida política que obligaría a contar con los parti-

<sup>60</sup> Panfleto falangista contra Gil-Robles y AP (ca. II-1937), en FUE.APSR, caja 34, carp. 10.

<sup>61</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María GIL-ROBLES, "Mi relación con el general Franco (II), f. 37.

<sup>62</sup> Gil-Robles minimiza el alcance de ese intento de agresión, que reduce a «simple alboroto»: «No se trató, en realidad, más que de un simple alboroto, nada espontáneo, del que fueron protagonistas determinados elementos de la Falange a quienes se lanzó apresuradamente a la calle para desahogarse con gritos e insultos. Unos oficiales del Ejército pusieron fin a la algarada en el acto» (Ibidem, ff. 37-38).

dos, la CEDA en particular. Por ese motivo Gil-Robles se conformó con aconsejar a sus militantes que se pusieran a las órdenes del Ejército, sin más. Las consignas eran:

Obedecer ciegamente al mando militar, no tomar iniciativas sin órdenes expresas de los jefes militares y mantener y exaltar el prestigio del Ejército por encima de todo. Amamos la unión con las demás milicias. No dividir, pase lo que pase. Somos todos hermanos y como hermanos colaboraremos por un mismo ideal: España grande en la unidad territorial y religiosa. Dios y Patria<sup>63</sup>.

Pero el golpe derivó en Guerra Civil y esa contienda, le confesó Mola a Gil-Robles en Valladolid, no acabaría antes de fin de año. Los deseos de Gil-Robles chocaban igualmente con la inquietud de sus afiliados, sobre todo los más jóvenes, que formaron milicias tras el 18 de julio, sin que nos conste el permiso de la dirección del partido para ello; en lugares como Burgos, Salamanca o Valladolid surgieron grupos de japistas uniformados con camisas pardas y la Cruz de la Victoria en el pecho.<sup>64</sup> Formadas sobre la marcha, las milicias de la CEDA-JAP estaban en situación de franca minoría respecto a la Falange, el Requeté e incluso Renovación Española. Unas declaraciones de Gil-Robles publicadas en *El Adelanto* de Salamanca a duras penas escondían el reconocimiento paladino de la impotencia política del cedismo, aunque se quisiera hacer de la necesidad virtud: «Hemos preferido diluarnos en la magna cruzada [...]. Es un deber fundamental renunciar a todo lo específico, para que quede solo el denominador común de un hondo y acendrado patriotismo».<sup>65</sup>

Para sortear la marginación, Gil-Robles decidió cambiar su estrategia respecto de las milicias, probablemente tras conseguir la aquiescencia del general Mola en su breve reunión en Valladolid. Al regreso de su viaje a Pamplona, y antes de traspasar de nuevo la frontera, el Jefe se reunió en Salamanca con Luciano de la Calzada, que ejercía como su plenipotenciario en España. Gil-Robles visitó el cuartel de las milicias de la JAP, a las que felicitó efusivamente por su comportamiento en el frente y en la retaguardia, donde sufrían continuos ataques y vejaciones de los falangistas.<sup>66</sup> Fue allí, en Salamanca, donde el Jefe nombró a De la Calzada jefe nacional de milicias y de la JAP, «con facultades ilimitadas» en ese terreno;<sup>67</sup> con ello se pretendía enderezar el rumbo y someter a las dispersas milicias cedistas a una cierta disciplina política, hasta entonces inexistente. En prueba de su renovado interés por este asunto, pocos días después Gil-Robles rea-

<sup>63</sup> Cit. por Manuel GALIÑO LAGO: *¡Viva España! 1936. Hacia la restauración nacional*, Valladolid, Imp. y Lib. Casa Martín, 1937, p. 60.

<sup>64</sup> Eduardo GONZALEZ CALLEJA: op.cit., p. 361.

<sup>65</sup> *El Adelanto*, 8 de septiembre de 1936, cit. por Alberto REIG TAPIA: *Violencia y terror: estudios sobre la Guerra Civil española*, Madrid, Akal, 1990, p. 60.

<sup>66</sup> Entre las acciones contra la CEDA de los falangistas salmantinos durante los primeros meses de la guerra se pueden citar: el robo en dos ocasiones de la bandera de la CEDA izada en el Ayuntamiento de Salamanca, la destrucción de una gran fotografía de Gil-Robles en la finca de Pérez Tabernero o la agresión al médico y secretario personal de Gil-Robles en el Espolón (entrevista a Tomás Niño Molinos, Madrid, 26-X-1990).

<sup>67</sup> La nota de nombramiento, en el archivo personal de Luciano de la Calzada, cit. por Francisco TORRES GARCÍA: "Actuación de Gil-Robles en la guerra civil", *Historia 16*, 186 (1991), p. 30.

lizó otro viaje reservado a Salamanca, donde encargó a De la Calzada un informe sobre la situación política y la del partido, para estudiar su posible reestructuración a partir de las milicias propias.

Nada de lo dicho debe hacernos pensar que Gil-Robles creyera que las milicias eran una realidad incontestable e independiente del mando militar. Al contrario, siendo un político más simpatizante del somatén que de las modernas milicias fascistizadas, su repentina preocupación por las mismas debe interpretarse como un recurso para obtener la visibilidad que falangistas y carlistas le habían robado tras el 18 de julio. Recién formalizadas sus milicias, Gil-Robles insistía en *El Castellano* de Burgos en que éstas debían aceptar incondicionalmente las órdenes y la disciplina de los mandos militares: «La autoridad de los directivos del partido –enfaticaba– empieza allí donde termina la del último escalón de la jerarquía militar. Ni ahora, ni más adelante, queremos otra cosa que lo que quiera y ordene el mando».<sup>68</sup> Gil-Robles pretendía con ello que las de la CEDA fueran unas milicias manejables y “cómodas” para el Ejército, en contraste con la indisciplina mostrada por falangistas y requetés, pensando sin duda que la estrategia de la sumisión terminaría por favorecerle en las circunstancias adversas. No cabía otra salida ante la debilidad numérica de sus fuerzas: las milicias de la JAP apenas contaban con 6.000 hombres en retaguardia y 1.200 en el frente, muy lejos de las 35.000 y 23.000 que se atribuían Falange y Comunión, respectivamente.<sup>69</sup>

Gil-Robles incidió incluso en esta estrategia tras el nombramiento de Franco como jefe del Estado, a pesar de que la elección de un general joven y ambicioso no podía sino resultar un contratiempo para los planes inmediatos del jefe de la CEDA. A esas alturas, además, Gil-Robles ya sabía, por confidencia de “Paco” Herrera, que su imagen entre los generales y los cabecillas falangistas era peor que mala, con la única salvedad de Mola y de algunos generales del Ejército del Norte, cada vez menos influyentes ante el ascenso de Franco y los africanistas.<sup>70</sup> Ajeno a esta evidencia, Gil-Robles abogaba ahora por la progresiva disolución de los partidos afectos al movimiento, sometiendo todas las milicias al mando militar como ya había hecho la CEDA. El 26 de octubre Gil-Robles escribía al marqués de la Vega de Anzo –que ofició de mediador entre Franco y el líder cedista– cuál era su pensamiento al respecto: «Creemos que el momento actual exige la desaparición de todos –entiéndase bien, de TODOS– los partidos, incluso de los que huyen de ese nombre». Para dar ejemplo, Gil-Robles ordenaba a principios de noviembre la suspensión indefi-

<sup>68</sup> “Una interesantísima carta de Gil-Robles”, *El Noticiero*, Zaragoza, s.a. Recorte de prensa conservado en AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/002.

<sup>69</sup> Así, por ejemplo, en Valladolid, Luciano de la Calzada, que se hizo cargo del Gobierno Civil, consiguió a duras penas formar dos compañías para luchar en el Guadarrama, mientras Onésimo Redondo encuadró a 23. A la altura de octubre de 1936, las milicias cedistas sumaban siete compañías en el frente y dos en retaguardia, con un total de entre 2.200 y 2.800 hombres (Francisco TORRES GARCÍA: op.cit., pp. 24 y 28). La JAP y la formación de milicias en la guerra, en Sid LOWE: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism: The Juventud de Acción Popular in Spain, 1931-1939*, Brighton, Portland y Toronto, Sussex Academic Press, pp. 154 y ss., 187-189 y 213-220.

<sup>70</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/005, Fco. Herrera a Gil-Robles, Biarritz, 26 de septiembre de 1936.

nida de las actividades políticas de la CEDA, dejando en pie tan sólo sus milicias, claro está que en total obediencia con el Ejército. Mantener las milicias respondía, como la paralización de actividades de la CEDA, a un determinado fin político, que no era otro que recuperar poder más adelante, porque el objetivo más perentorio era debilitar a Falange y a Comunión; así se deduce de la mencionada carta de Gil-Robles al marqués:

No parece del todo inútil la existencia de una fuerte milicia de Acción Popular, enteramente sometida a la disciplina militar, que sirviera de contrapeso a ciertos extremismos, y que, dispuesta a desaparecer a la primera indicación, preparase el camino a la unificación de esfuerzos que exige la vida nacional<sup>71</sup>.

Y es que, a pesar a la elección de Franco, Gil-Robles seguía pensando que el poder militar, insustituible mientras hubiera guerra, terminaría cediendo ante los civiles. Oliveira Salazar tardó seis años en ser primer ministro tras el golpe militar de 1926, ¿por qué a él no le podía ocurrir lo mismo? Por eso, y a pesar de su aparente sumisión, Franco nunca terminó de fiarse de Gil-Robles, a quien veía más como un peligroso rival que como a un hipotético aliado; la resignación de su antiguo ministro le resultaba falsa, una mera fechoría con la vista puesta en una resurrección política a no muy largo plazo. Además, la fórmula con la que Gil-Robles se dirigía a Franco en todos sus correos, «mi querido y reputado general» o «mi querido y reputado amigo», pero nunca Generalísimo o Su Excelencia, acrecentaba los temores del flamante jefe de Estado de que el líder católico, bajo su fingida sumisión, le consideraba un igual y no el caudillo excepcional que lideraba una cruzada por España.

Por eso Gil-Robles siguió postergado y la prensa falangista le puso seguir vapuleando con total comodidad. A finales de octubre de 1936 una enésima campaña de desprestigio contra el Jefe difundía informaciones sesgadas sobre la actuación del entonces ministro durante la intentona golpista de diciembre de 1935, dando a entender que Gil-Robles había sido responsable directo de aquel fracaso al frenar a los militares. El ex-líder cedista reaccionó airadamente, e incluso pidió un desmentido a Franco por el conducto de Vega de Anzo. En tono lastimero, Gil-Robles rogaba así a su amigo el marqués: «Esto pasa de la raya (...). Díselo de mi parte al general Franco. Dile que apelo a su amistad», sacando también a colación el honor de su familia: «Quiero solo tener en mi mano una prueba que destruya esa maldad, aunque solo sea, si yo desaparezo, para que el día de mañana la pueda conocer mi hijo y pueda defender el nombre de su padre». <sup>72</sup> En vista de que Franco demoraba su respuesta, Gil-Robles volvía a insistir en su demanda a finales de diciembre, esta vez ante el propio Generalísimo, al que pedía de forma casi patética una entrevista particular: «Desde hace meses, y por distintos conductos, vengo solicitando inútilmente una entrevista con

<sup>71</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/009, Gil-Robles al marqués de la Vega de Anzo, Lisboa-Salamanca, 26 de octubre de 1936.

<sup>72</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/010, Gil-Robles al marqués de la Vega de Anzo, 2 de noviembre de 1936.

Ud. (...) Insisto en mi petición pensando en España y solo en ella».73 Sin dejar pasar una semana de su carta anterior, en una nueva misiva Gil-Robles hacía saber a Franco que la entrevista que con tanto denuedo pedía no era por su honor mancillado en la prensa, sino para hablar de asuntos de Estado, «de cosas que afectan a España, de cuestiones vitales que preocupan a todos los sinceros amigos de nuestra Patria».74 Es casi seguro, en este sentido, que Gil-Robles pretendiera prevenir a Franco contra la influencia de Alemania y de la Falange en la España nacional, así como de los riesgos que esa deriva totalitaria podía suponer para la diplomacia del Nuevo Estado.

El Franco de aquellos meses, cada vez más escorado hacia el fascismo, evidentemente no tenía el menor interés en escuchar las advertencias de su antiguo ministro. Aunque en dos correos de enero y febrero de 1937 –el primero particularmente escueto– Franco mostraba su disposición a recibirlo en cualquier momento, allegados al Caudillo, como su hermano Nicolás, le transmitían a Gil-Robles que lo más prudente era retrasar la entrevista *sine die*. El único favor con el que transigió Franco fue el de dirigir al líder católico una carta algo más extensa de lo habitual en la que confirmaba la “inocencia” de Gil-Robles durante la frustrada intentona de derribar la República en 1935. Pobre consolación, porque al tiempo no se le autorizaba ni a defenderse ante los tribunales ni a replicar ante la prensa; con gran cinismo Franco le hacía entender que solo el tiempo podría poner las cosas en su lugar:

Es necesario dejar que el tiempo, que todo lo serena y que corre más rápido de lo que deseamos, destruya tan absurda campaña y entonces se comprenderá, que los graves sucesos de España son el resultado de un proceso histórico en el que las personas solo pueden tener una mínima y relativa influencia75.

Para entonces la suerte de la CEDA y de sus milicias ya estaba echada. La entrada en escena de Ramón Serrano Suñer a comienzos de 1937 dinamitaba aún más los puentes entre Gil-Robles y Franco, siendo “el Cuñadísimo” un fascista converso que quería borrar de su pasado todo rastro de su pertenencia a la CEDA, y que desde su llegada a Salamanca tomó las riendas del aparato de propaganda del Estado, ya de por sí hostil a Gil-Robles. Serrano también fue el autor del Decreto de Unificación, anunciado por Franco en la radio el 19 de abril de 1937; dicho decreto suponía la creación de un partido único a partir de la unidad forzosa de Falange y de Comunión Tradicionalista –los otros partidos aún existentes ni se mencionaban– y ponía todas las milicias bajo el mando personal del Generalísimo. Tan sólo un mes antes había tenido lugar, que se sepa, el último acto oficial de la CEDA, una Asamblea Nacional de la JAP celebrada en Burgos sin la

<sup>73</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/004, Gil-Robles a Franco, Lisboa-Salamanca, 29 de diciembre de 1936.

<sup>74</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/014, Gil-Robles a Franco, Lisboa-Salamanca, 6 de enero de 1937.

<sup>75</sup> AHN, FC-Causa General, exp. 40. “Antecedentes del Alzamiento. Actuación de los partidos políticos anticomunistas y españoles en la preparación del Movimiento y sus relaciones con el Ejército y actuación de este último en dicha preparación”. Microfilme neg. 6046, Francisco Franco a José María Gil-Robles, Salamanca, 24 de febrero de 1937.

presencia de Gil-Robles. En el curso del acto la organización juvenil se autoproclamó «milicia al servicio de España, sin otra preocupación que la de colocarse a las órdenes del jefe del Estado», anticipándose a lo que estaba a punto de llegar.<sup>76</sup> Tanta generosidad nunca fue premiada por Franco, ni desde luego por Serrano Suñer. De hecho, aunque es cierto que ningún dirigente político de los partidos unificados fue consultado por Franco, la CEDA y la JAP recibieron el peor trato posible, al no reconocérseles ningún elemento de su simbología en la flamante Falange Española Tradicionalista de las JONS, del mismo modo que las víctimas de las milicias católicas eran convenientemente ignoradas en homenajes y actos de reconocimiento a los caídos de “la Cruzada”. Luciano de la Calzada protestó públicamente por este deliberado olvido, lo que le valió el destierro en la localidad cántabra de Colindres.<sup>77</sup>

Y sin embargo, la unidad política dictada por Franco fue buena para los intereses de aquella parte de la CEDA más comprometida con la España nacional, que se nos antoja abrumadoramente mayoritaria. La Unificación evitaba la primacía de un grupo político determinado y facilitaba el medro de los cedistas –técnica y culturalmente mejor cualificados que sus rivales falangistas o carlistas–, en las instancias del Nuevo Estado. Como era previsible, Gil-Robles no planteó batalla ante la marginación sufrida por la organización que había contribuido a crear y aceptó sin más los hechos consumados. En su último acto como jefe de la CEDA se dirigió a sus militantes a través de Luciano de la Calzada para comunicarles la definitiva disolución de la CEDA y de todas sus milicias, sin exigir contrapartida alguna. El mensaje, muy emotivo como demandaban las circunstancias, estaba repleto de expresiones patrióticas y referencias pseudorreligiosas: «Para que la unificación de la conciencia nacional sea pronto un hecho, es necesario que Acción Popular muera. Bendita muerte que ha de contribuir a que crezca vigoroso un germen de nueva vida».<sup>78</sup> Tres días antes de esta despedida ya había escrito a Franco dejando en sus manos los restos de la CEDA e incluso, en su enésimo acto de sumisión, dejaba al albedrío del jefe del Estado cualquier acción respecto a las milicias católicas, «ya sea la disolución, la fusión obligatoria con otro u otros organismos o la incorporación pura y simple al Ejército».<sup>79</sup> Con esas palabras Gil-Robles admitía incluso una eventual integración de sus milicias en la Falange, al no exigir como única alternativa su sometimiento a los mandos militares. La derrota de las estrategias de Gil-Robles era así absoluta.

¿Qué fue de Gil-Robles tras la disolución de la CEDA? Asilado de todos y de casi todos contempló desde la distancia el modo en que sus antiguos delfines se sumaban a la más provechosa jefatura de Franco. Siguió perteneciendo a la Junta de Lisboa hasta 1938, al menos nominalmente, pero sus contactos con España eran casi nulos. Solo el primer ministro portugués, Oliveira

<sup>76</sup> *Heraldo de Aragón*, 24-IV-1937, cit. por José María GARCÍA ESCUDERO: *Historia política de las Dos Españas*, Madrid, Editora Nacional, 1975, vol. IV, p. 1799.

<sup>77</sup> Francisco TORRES GARCÍA: op.cit., p. 24.

<sup>78</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/013, Gil-Robles a Luciano de la Calzada, Lisboa, 25 de abril de 1937.

<sup>79</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María GIL-ROBLES, “Mi relación con el general Franco (II), f. 48.

Salazar –con quien le unió una intermitente amistad–, le sacó un par de veces del ostracismo para confiarle tareas de mediación ante Franco. La primera de ellas, a mediados de mayo de 1937, trataba de forzar algún tipo de acuerdo amistoso que pusiera fin a la guerra, para el que Gran Bretaña y Portugal se ofrecían como interlocutores. A Gil-Robles le pareció que la oferta era muy vaga, y según su versión de los hechos, no quiso inicialmente aceptarla, por miedo sobre todo a que se le implicara en alguna trama contra Franco. Semanas atrás ya había corrido un rumor en Salamanca según el cual Gil-Robles, Gabriel Maura, Ventosa, Cambó y Quiñones de León conspiraban junto al ex-rey Alfonso XIII para reimplantar en España la monarquía constitucional bajo la protección del gobierno de Londres.<sup>80</sup>

Sin embargo, a finales de ese mes de mayo a Gil-Robles se le presentó la ocasión de hablar personalmente con Franco. El día 28 el dirigente católico se vio obligado a viajar urgentemente a Vitoria para asistir a los funerales de su suegro. En plena campaña del Norte, en la capital alavesa coincide con Mola, con quien aún conserva una relación de afecto; su anfitrión le convence para que pase a saludar a Franco, que está de paso por Vitoria. Esa inesperada charla con el Generalísimo, a la que Gil-Robles dijo acudir “sin demasiado entusiasmo”, fue sin embargo la ocasión propicia para exponerle las ideas de Salazar respecto a la mediación inglesa, que Franco despacha con sequedad: «No hace falta esa gestión, tengo medios sobrados para acabar la guerra este año». Sin que Gil-Robles tuviera mucho más que decir, el resto de la conversación fue un monólogo del crecido Caudillo, que entre otras lindezas auguró la inminente caída de Inglaterra en las garras del comunismo.<sup>81</sup>

Fue la última vez que Gil-Robles se encontró con Mola, fallecido unos días después en accidente de aviación, pero no su última visita a Franco. La mañana del 16 de julio de 1937 Gil-Robles recibía una llamada urgente de Salazar, que le convocaba con la mayor urgencia en el Palacio de São Bento, su residencia oficial. Allí Salazar le comunica que Gran Bretaña se muestra dispuesta a reconocer el derecho a la beligerancia de la España nacional –negado por el Comité de No Intervención–, a cambio de que Franco aceptara una retirada parcial de las tropas de Alemania y de Italia, que Londres sugería incluso que podría ser simbólica. Gil-Robles voló esa misma tarde hacia Salamanca, donde Franco le aguardaba en su residencia del palacio episcopal. Al principio los dos conversaron a solas, aunque la charla resultó continuamente interrumpida por las innumerables llamadas telefónicas que atendía el jefe de Estado; más adelante apareció Nicolás Franco, que recibió la propuesta inglesa con mayor frialdad incluso que su hermano, convencido de que la España nacional no podía consentir la retirada de tropas alemanas e italianas sin la aquiescencia de sus aliados fascistas, que los hermanos Franco consideraban imprescindible consultar. Como en su primer encuentro en Vitoria, la charla de Gil-Robles con Franco derivó por derroteros surrealistas, escenario en el que el Generalísimo puso en duda la gallardía de soldados y milicianos italianos («no han combatido demasiado», aseguró) y le explicó a su atribulado interlocutor algunos pormenores de la toma de Bilbao. Concluida la entrevista, se invitó a Gil-Robles a

---

<sup>80</sup> *Ibídem*, f. 45.

<sup>81</sup> *Ibídem*, ff. 52 y ss.

reunirse con el embajador Sangróniz, miembro del gabinete diplomático de Franco, para redactar con él la nota de consulta que debía enviarse a las cancillerías de Italia y de Alemania. A la mañana siguiente Gil-Robles volvió a Portugal sin conseguir una respuesta oficial, que nadie le dio a pesar de sus continuas llamadas al cuartel general de Franco. Solo 48 horas después, ya en Lisboa, tuvo la respuesta esperada: Alemania e Italia rechazaban la propuesta inglesa y Franco no haría nada por convencerles.<sup>82</sup>

Tras estas dos gestiones Gil-Robles volvió a su reclusión lisboeta, ya sin esperanzas de influir en la política española. A finales de 1937 entró a formar parte de un bufete de abogados, actividad que compagina con su trabajo como asesor jurídico en la Unión Española de Explosivos. Esporádicamente actúa como mediador de varias empresas españolas con intereses en Portugal, como la ferroviaria MZA.<sup>83</sup> Ni él mismo sabe qué hacer con su futuro: si en enero de 1938 anuncia a su amigo Juan Antonio Bravo que tiene intención de instalarse en América,<sup>84</sup> apenas tres meses después confiesa a su antiguo correligionario Cándido Casanueva que le gustaría instalarse en España y vivir «como un ciudadano corriente» sin más ocupaciones que sus negocios personales.<sup>85</sup> Casanueva le contesta que «no hay una orden terminante que te prohíba residir en España» y le propone pasar unos días en la finca que el ex-diputado tiene cerca de Ciudad Rodrigo, a pocos kilómetros de la frontera con Portugal. Gil-Robles acepta gustoso la invitación, pero tan solo podrá quedarse tres días en la finca de su amigo, alertado por el gran número de viejos conocidos que se pasaban por Ciudad Rodrigo a saludarle.<sup>86</sup> Si la maniobra consistía en medir la reacción del Gobierno y de su prensa adicta ante la presencia en España del político católico, el efecto para Gil-Robles no pudo ser más devastador. El 4 de julio de 1938 el diario falangista vallisoletano *Libertad* le interpeló como «Don José María, el jefazo resucitado», parodiando el articulista lo que pudo haberse hablado en la finca de Casanueva:

Hemos llegado a saber, por ejemplo, que el hospedero reputaba caducados los 26 Puntos y todo esto del Estado totalitario. “¡Vendrás bajo palio!” . “No hay más remedio que obedecer por ahora al Caudillo”. A sus íntimos ha dicho en secreto otro cacique “balneario” que a José María se le ha ofrecido el Gobierno, pero éste no aceptaría más que con una condición. ¿Qué terrible condición será esa? Pues algo tremendo, definitivo: “que el Gabinete lo formarían cinco militares y cinco paisanos...”. Está bien claro que en dos días de estancia en España se han cometido delitos políticos de reunión y de difamación de los gobernantes. Lo que sucede también es que ahora la justicia alcanza a todos, y nadie

<sup>82</sup> *Ibidem*, ff. 54-58. Aunque se especuló con una posible misión secreta de Gil-Robles a Londres tras su entrevista con Franco, el propio interesado desmintió esas informaciones. Véanse *Morning Post*, 23 de julio de 1937 y *Corriere della Sera*, 2 de julio de 1937.

<sup>83</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/036-1, Gil-Robles a Vasconcelos Correia, Lisboa, 11 de abril de 1938.

<sup>84</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/024, Gil-Robles a Juan Antonio Bravo y Díaz-Cañedo, Estoril, 19 de febrero de 1938.

<sup>85</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/025, Gil-Robles a C. Casanueva, Estoril, 28 de abril 1938.

<sup>86</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María GIL-ROBLES, “Mi relación con el general Franco (II), ff. 63-64.

puede conspirar impunemente contra el Estado, que tiene plena consciencia de sus deberes y ha abierto el correspondiente sumario para aclarar los hechos y las complicidades.<sup>87</sup>

De nuevo se especulaba con una posible conspiración de monárquicos y cedistas desplazados para derribar el Movimiento. La campaña fue casi seguro orquestada por Serrano Suñer y propició la apertura de un sumario militar por conspiración.<sup>88</sup> El expediente terminó archivándose por falta de pruebas, pero fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Gil-Robles. En un tono colérico impensable meses atrás se quejó del trato recibido en la España nacional ante el conde de Jordana, ministro de Asuntos Exteriores de Franco: «¿Se me negará en la nueva España las mínimas garantías que se otorgan al último de los delincuentes?», se preguntaba indignado.<sup>89</sup> Acabada la Guerra Civil y a ruegos del marqués de la Vega de Anzo, Franco se mostró dispuesto a rehabilitar a Gil-Robles y nombrarle embajador de España en Washington, con la condición de que el antiguo líder católico reconociera en público que el Caudillo estaba consiguiendo lo que la CEDA no pudo con su táctica gradualista. Se le pedía, a fin de cuentas, un acto de arrepentimiento público que le inhabilitara para siempre como posible alternativa a Franco; entendiéndose correctamente que la oferta era una humillación personal, Gil-Robles declinó cualquier colaboración.<sup>90</sup> El político más influyente de la derecha española durante la II República no encontró cabida en la estructura de poder del nuevo régimen, y a partir de entonces, su vida pública quedó limitada y supeditada, como la de tantos otros españoles de su época, al trauma del exilio. Gil-Robles sería así un derrotado en “La Victoria”.<sup>91</sup>

## Apéndice

**Programa político de José María Gil-Robles ante el 18 de julio (AGUN Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/001, “Papeles autógrafos de Gil-Robles relacionados con la Guerra Civil”).**

---

<sup>87</sup> *Ibidem*, f. 65.

<sup>88</sup> José María GIL-ROBLES: *La fe a través de mi vida*, Madrid, Desclée de Brouwer, 1975, pp. 141-142.

<sup>89</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/015, Gil-Robles a Jordana, Lisboa, 20 de julio de 1938.

<sup>90</sup> AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María Gil-Robles: “Mi relación con el general Franco (II)”, ff. 71-72.

<sup>91</sup> Sirva como ejemplo de su mal disimulada frustración el duro cruce de cartas que en 1947 tuvo con uno de sus antiguos pupilos, Alberto Martín Artajo, por entonces ministro de Asuntos Exteriores. Compruébese la dureza del tono de Gil-Robles: «Acostumbrados como estáis los hombres que servís a esta situación a consideraros únicos depositarios del honor nacional, y disponiendo como disponéis de un monopolio de propaganda que os hace considerar como verdades intangibles todas vuestras afirmaciones, estáis incurriendo de un lamentable modo en el error de considerar cualquier divergencia con vuestra política como un crimen de lesa Patria, y toda actuación fuera de las fronteras como un atentado a la soberanía de la nación» (AGUN, Fondo Francisco de Luis, 047/001/083, Gil-Robles a Alberto Martín Artajo, Villa Somar, Estoril, 27 de octubre de 1947).

«El Gobierno de Madrid, después de comprobar que ocho décimas partes del territorio nacional no le obedecen, ha desertado su puesto, dejando entregada la capital al saqueo de las turbas.

Abandonado el poder, las fuerzas militares lo recogen constituyendo un Gobierno provisional integrado por... y que transitoriamente fija su residencia en...

Este Gobierno ejercerá sus funciones hasta la total pacificación del territorio nacional y sus disposiciones tendrán fuerza de ley hasta que sean ratificadas por los organismos que encarnen la legítima voluntad de España».

«Esta proclama debe ser publicada, difundida por la radio y lanzada por aviones tan pronto se tenga noticia de que alguno o algunos de los miembros del Gobierno han huido de Madrid.

0) Supresión prensa marx[ista]. o antip[atríotica]

1) Estatuto de p[rensa]. comprender:

- a) Publicidad capital
- b) Prohibir atacar princ[ipio]s. fund[amentales],
- c) Capacidad director y redactores
- d) Sanciones con proced[imiento] espe[cia]l. rápid[o].

2) Autonomía administrativa

3) Respeto a las creencias

Política general

A) Derogación de la C[onstitución]. fundada

- a) En su violación x el G<sup>o</sup> Portela al prorr[ogar]. los presupuestos x de cr[eto].
- b) En la práctica constante contraria a la C[onstitución]. en la formación de los GG.[Gobiernos]
- c) En el falseamiento del resultado de la vol[untad] pop[ular].
- d) En el acuerdo de destitución del P[residente]. de la R[epública].
- e) En la elecc[ión]. antidem[ocrática]. del nuevo P[residente]. de la R[epública].

B) Establecimiento de un Estat[uto] del Gob[ierno]. provisional, limitando sus facultades.

C) Creación de un Consejo asesor de carácter corporativo, encargado de preparar los proyectos de ley o dictaminar los elaborados por el G<sup>o</sup>

D) Preparar un proyecto de Constitución, que se someterá a plebiscito, una vez pasado el 1er. periodo de depuración y luego de revisado convenientemente el censo.

Ministerio de Trabajo

A) Disolución de las organizaciones q. propugnen la lucha de clases e incautación de sus bienes. Los fondos de las mutualidades y cooperativas se seguirán aplicando a sus finalidades, intervenidos por el Estado, mientras no se extienda y regule el funcionamiento de estas entidades.

B) Establecimiento de la sindicación libre, dando representación (con principio prop[orcional] en los org[anismo]s. de trab[ajo]. a los sindicatos reconocidos e interv[enidos] por el G<sup>o</sup>.

C) Prohibición de huelgas y locks outs con arbitraje obligar. a cargo de organismos parits. con magistraturas del trabajo

D) Inmediato establecimiento de seguros sociales, e iniciación de salario familiar

E) Intensificación lucha antituber[culosa]. y antivenérea

F) Vivienda obrera y campesina

Ministerio de Agricultura

- A) Concesión de un amplísimo crédito para la agricultura al interés máximo del 2% y dos años de duración como mínimo.
- B) Consolidación de la reforma agraria, transformando los asentam[ient]os. en prop[iedad].
- C) Creación del consorcio triguero, dirigido por los propios productores, con red de silos, limitación de área de cultivo, etc.
- D) Intensificación de repob[lación]. forestal
- E) Régimen de arrend[amient]os.
- F) Bienes comunales para crear patrimonio municipal

#### Ministerio de Obras Públicas

- A) Ejecución inmediata del plan de OP presentado a las Cortes en nov. 1935
- B) Estado ferroviario, coordinado con el transporte por carretera
- C) Restablecimiento de la autonomía de las Conferder[acione]s. Hidrog[ráficas].

#### Hacienda

- A) Urgente solución del problema del cambio
- B) Desarrollo del impuesto sobre la renta, con carácter fuertemente progresivo
- C) Impuesto fuertemente progresivo sobre la prop[iedad]. territorial, para favorecer la parcelación
- D) Gran empréstito de reconstrucción con interés reducidísimo

#### Industria

- A) Creación del Consejo Ordenador, que coordine, impulse y oriente toda la economía nacional.

#### Instrucción pública

- A) Libertad absoluta de enseñanza, con deroga[ción]. de todas las medidas contra la relig[ión].
- B) Enseñanza relig[iosa]. cuando la pidan los padres
- C) Rígida inspec[ción]. del G. para evitar enseñanza contra los princip[ios]. morales o los contrarios a la unidad material o esp[iritual]. de la P[atria].
- D) Separación mediante exped[iente]s. de los insp[ectores]. y maestros respon[sable]s. de esas enseñanzas.

#### Gobernación

- A) Reorganización de la D[irección]. G[eneral]. S[eguridad].
- B) Militarización de las fuerzas de seguridad y asalto
- C) Nombramiento de gestoras municipales y provinciales, en tanto se dicta una nueva ley municipal

#### Guerra (tachado).»